

## TEMPORADA BAJA

Por Ernesto Murguía

Iban a dar las once y don Andrés apenas había terminado de limpiar la alberca. Los ductos se encontraban tapados; manchones de lama se acumulaban en los filtros. La semana entrante, a más tardar a fin de mes, tendría que llamar a Nicolás para que hiciera mantenimiento. Fastidiado, guardó la red en la bodega y caminó hacia la palapa que hacía las veces de bar. Tomó de un estante la libreta de pendientes, la colocó sobre la barra y apuntó: ALBERCA.

Quedaban todavía varias cosas por hacer: pasar las cuentas de la semana pasada, llevar la carga de blancos a la tintorería. Primero lo primero: don Andrés comenzó a prepararse su primer chupito del día. Vació una Coca Cola de a litro a la mitad, cerró el envase y lo agitó lo más que pudo. Abrió un poco la tapa para que el gas escapara. Agitó de nuevo. Repitió la operación doce, quince veces, hasta que no quedó una sola burbuja. Llenó el envase con Bacardí blanco. Lo agitó por última vez y bebió un trago. El refresco estaba tibio, el ron le raspó la garganta. Una cuba perfecta.

—Ya me voy, don Andrés —dijo la señora Mary—. ¿Se le ofrece algo?

—Gracias. ¿Terminó la seis y la siete?

—Sólo faltan las cortinas. Pero, oiga, ¿qué cree? Otra vez hicieron nido los murciélagos.

—¿Otra vez?

Don Andrés torció la boca. Esos bichos cabrones. Por más que había intentado clausurar la bodega, siempre se las arreglaban para anidar. La culpa era del dueño por construir ese cuarto inútil en la azotea. Ahora había que poner la naftalina, limpiar el excremento, tapar el agujero.

—Mañana paso a la tienda del judío. El fin de semana vaciamos todo.

—Muy bien, don Andrés. Acuérdesse de comprar también desinfectante.

—Traigo todo, no se preocupe.

Don Andrés contempló a la señora Mary mientras se alejaba. La mujer tenía unos sesenta y cinco años, piernas gruesas y enormes nalgas que se bamboleaban de un lado a otro mientras caminaba. Llevaba once años trabajando en el hotel, casi lo mismo que él tenía como encargado. Durante los primeros años, don Andrés le pagaba un extra en su sueldo que incluía uno o dos palitos al mes. Pero con el tiempo, la calentura se le había bajado. Sabía por experiencia que, de tan sobadas, hasta la nalgas más chulas pierden interés. Y el cabús de la señora Mary no era precisamente para recordarlo toda la vida.

Tomó la libreta de pendientes y apuntó: MURSIELAGOS

Se instaló don Andrés en una silla de plástico, a la sombra de la palapa, y contempló el hotel mientras daba sorbos a su chupito. El recuerdo de los viejos tiempos lo había dejado con la cosquilla, así que deslizó la mano por debajo del pantalón. Por un momento, su miembro pareció responder; don Andrés oprimió con más fuerza, tratando de mantener la erección. No fue suficiente; unos segundos de agonía y el aparato se le empezó a desinflar. Don Andrés culpó a la señora Mary, mala imagen para una chaqueta. Cambió de visión, buscó rápidamente en su catálogo mental: Silvia, la mesera de Las Haciendas; Maribel, la hija de Epifanio, el jardinero; la “Bardot”, una francesita que años atrás fue huésped del hotel y que le gustaba asolearse encuerada. Incluso pensó en Julieta, su exesposa. No hubo respuesta. Decepcionado, don Andrés se sacó la mano del pantalón, pinche chingadera de mierda, y dio otro trago a su chupito.

Como estaba visto que el día no pintaba bien, mandó a la fregada el resto de las obligaciones y siguió echado, contemplando el hotel. Espejismos de sol se prendían y apagaban sobre la superficie de la alberca. Más allá, una franja de pasto y un pasillo que conducía a las habitaciones. Se trataba de un corredor empedrado que terminaba al pie de unos maceteros de bugambilias. Oculta detrás de las flores había una pequeña terraza con fuente de piedra al centro; al fondo, una puerta con marco dorado conducía a la recepción. Don Andrés paseó la vista varias veces a lo largo y ancho del hotel; su mirada se detuvo por fin en una mancha deslavada en la pared. Vendría bien darle una manita al edificio. Además, el verde nunca le había

gustado. Algo más alegre, naranja, quizás otra vez amarillo. El Lunada había tenido buenos tiempos pintado de amarillo.

Tomó nuevamente la libreta. Estaba por escribir PINTURA cuando sonó el timbre.

Don Andrés dejó su trago en la repisa debajo de la barra. Iba por la terraza cuando el timbre volvió a escucharse.

—Momentito, ya voy.

La recepción era una sala pequeña con mostrador de cemento y marinas adornando las paredes. Una morena regordeta, de unos veinticinco años, estaba derrumbada sobre uno de los sillones, abanicándose con una revista. Bermudas azules, playera holgada con un tucán estampado. Su compañera, pelirroja de pecas con cuerpo de niña, esperaba de pie frente al mostrador. Llevaba un vestido floreado y una playera de tirantes. El tatuaje descolorido de algo que parecía una serpiente reptaba por su pantorrilla. Tenía los hombros enrojecidos por el sol.

—Buenos tardes —dijo la pelirroja—. ¿Tiene habitaciones?

—Claro que sí, señorita. ¿Doble o sencilla?

—Sencillas —intervino la Tucán—. Y lo más separadas posibles.

La pelirroja ignoró el comentario.

—Doble, por favor.

—¿Cuántas noches?

—Hoy nada más.

—Doscientos pesos.

La pelirroja dudó. Volteó hacia su amiga.

—¿Qué onda?

—Como quieras —respondió la Tucán de mala gana.

—Tenemos alberca, restaurante, servicio de bar —comentó don Andrés—. ¿Quieren ver las instalaciones?

La regordeta siguió abanicándose con la revista, indiferente a todo. Don Andrés y la pelirroja salieron a la terraza.

—¿Para ir a la playa? —preguntó la pelirroja, deteniéndose junto a los maceteros. No era necesario avanzar más para tener una idea completa de lo que era El Lunada.

—Bajando esa escalera, cruzan la calle y a menos de cien metros.

La pelirroja asintió. De vuelta a la recepción, don Andrés le cedió el paso; aprovechó el gesto para dar un rápido vistazo al trasero de la chamaca. Decepción total. Don Andrés era un hombre de nalgas. Y las de la pelirroja parecían dos calcomanías pegadas al hueso.

Llegando al mostrador, la pelirroja revolvió entre mil cosas de su bolsa antes de encontrar un billete de a quinientos.

—¿No tiene cambio, señorita?

Ella negó con la cabeza.

—Le entrego su cambio al ratito, nomás que vaya al...

—¿Por qué no mejor nosotras pagamos al ratito? —intervino la Tucán, poniéndose de pie. Don Andrés no se había fijado: una cicatriz en el labio superior de la mujer hacía que éste pareciera levantado, casi vuelto hacia atrás.

—Habitación dos —cedió don Andrés de mala gana, entregando la llave.

Encaminó a las mujeres hasta la puerta de la habitación. La dos se hallaba al otro extremo del pasillo, alejada de la alberca. No era la mejor del hotel, pero esas escuinclas babosas no merecían algo mejor.

—Al ratito paso por lo del cuarto. Si necesitan algo, el bar está abierto hasta las ocho.

La Tucán se le quedó viendo, como si lo reconociera de pronto.

—Sabe una cosa—dijo sorprendida—. Usted es igualito a mi tío Félix.

Luego cerró la puerta, sin dar a don Andrés tiempo de responder.

Volvió a la barra y revisó el frigobar para cerciorarse de que había suficientes cervezas y refrescos. También echó un ojo a la cava: Bacardí, Havana Club, algunas botellas de vodka. Más que suficiente. Si quieren algo más que se jodan, pensó mientras deslizaba la mano debajo de la barra, en busca de su chupito.

Las mujeres salieron media hora más tarde. La Tucán llevaba la misma ropa, aunque se había lavado el cabello. La pelirroja vestía pareo oscuro y un bikini rosa; sus chichis diminutas apenas se insinuaban bajo la

tela. Sin voltear a verlo, las dos mujeres pasaron frente a él y se perdieron por la escalera que conducía a la playa.

—Pinches putitas —murmuró don Andrés. Pensó en la cantidad de golfas que se había pasado por las armas, mujeres hechas y derechas, no chamaquitas taradas que se hubieran ido de espaldas nomás de ver una verga de a de veras. Ya quisiera un arrimón la pelirrojita ésa, la partía en dos nomás de media estocada. Y la Tucán, con esa pinche boca de mamadora, dejársela caer hasta que se atragantara y no estuviera diciendo tantas pinches pendejadas. A ver si vuelves a repelar por el dinero, hija de tu pinche...

Una avispa pasó volando y aterrizó justo en la boquilla de su chupito. Don Andrés la espantó de un manotazo. Tomó la libreta de pendientes y garabateó: ABISPAS.

A las cuatro y media, un crujido en la panza le recordó que era hora de comer. Normalmente comía en la fonda de Goyis, a media cuadra del hotel. Pero esas viejas que habían llegado le daban mala espina, mejor tenerlas vigiladas. Bebió lo que restaba de su chupito, guardó el envase en su lugar bajo la barra y caminó hacia la cocina, un cuartito con estufa y horno, oculto entre la recepción y el estacionamiento. Junto a la cocina se hallaba también el baño de personal, dos cuartos vacíos y la habitación de don Andrés. En otra época, el Lunada llegó a contar hasta con nueve empleados. Pero el hotel había venido a menos en los últimos años: en temporada alta, don Andrés contrataba a dos ayudantes: Lupillo y el Marciano, hijos del dueño de La Sirena. En temporada baja, como ahora, la señora Mary hacía la limpieza por la mañana; don Andrés se aventaba el resto del día de a león. Para lo que se ofrecía, la verdad es que hasta le sobraba tiempo.

Se preparó unos tacos de huevo con rajas. Quedaron ricos, aunque sólo pudo comer la mitad. Se había dado cuenta de que últimamente comía menos y chupaba más. Y no es que antes fuera abstemio: ya desde que lo contrataron para atender el hotel se empinaba media botella de Bacardí al día. La dosis actual era de un pomo y medio, dos pomos, dependiendo de cómo jalaran las cosas. Don Andrés lo achacaba al calorón de Puerto Escondido: al menos aquí podía inflar más y empedarse menos.

Cuando regresó a la palapa, descubrió que las mujeres habían aprovechado su ausencia para instalarse en los camastros junto a la alberca. Eso no estaba prohibido ni mucho menos; meter objetos de vidrio sí. Y las escuinclas ésas bebían dos Coronitas.

—Está prohibido introducir objetos de vidrio en el área de alberca —dijo don Andrés, señalando un letrero descolorido que colgaba de una palmera.

—Yo no veo que a nadie le moleste —respondió la Tucán.

—Son reglas del hotel.

—En buena onda, no invente.

—Si no están de acuerdo, pueden cambiarse de hotel.

—Si es por el dinero, no se preocupe —intervino la pelirroja.

Don Andrés ni siquiera volteó hacia ella, sus ojos observaban fijos a la Tucán. La mujer, desafiante, le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—El problema es el vidrio, ¿no? —dijo la Tucán—, tráiganos unos vasos de plástico y se acabó la bronca.

—No pueden consumir bebidas que no hayan comprado en el hotel.

—Primero que el vidrio, luego que si no consumimos. Con razón esto parece cementerio.

—Ya se los dije, si no les parece...

—¡Ya, carajo! —gritó la pelirroja.

Don Andrés y la Tucán la miraron sorprendidos. La muchacha tenía la cara desencajada, los tendones del cuello parecían cables de acero a punto de reventarse.

—¡Estoy harta que todo el mundo quiera echarme a perder mis vacaciones!

La pelirroja encogió las piernas, se tapó la cara con las manos y se soltó a llorar.

—Viste lo que provocas, pendejo —dijo la Tucán—. Cálmate, Ceci.

Don Andrés permaneció inmóvil, viendo cómo la Tucán tomaba en brazos a su amiga. Lo que le faltaba: una pinche loca en pleno ataque. Bien le había dicho su instinto que esas dos iban a causarle problemas.

Como no tenía caso seguir discutiendo, dio vuelta y regresó a la palapa. Preparó un segundo chupito y se quedó ahí, en su silla, observando a las mujeres que seguían entrelazadas en un abrazo protector. Esa muchacha debía estar internada en un manicomio, no jodiéndole la vida a los demás. Porque era lo que todas terminaban haciendo: joderte la puta vida. Él había aguantado once años de tortura con una vieja que no paraba de gritar y reclamar y exigir. Una puta de cuidado la pinche Julieta. Cuando se la mamaba era como si quisiera arrancarle todo por dentro y succionarle hasta la médula. Y cuando cogían se levantaba las piernas con las manos para que le entrara más profundo. El problema era su carácter: estar con ella era como nadar en una laguna llena de cocodrilos. Y la boca no le paraba nunca, nunca. Ahora esa escuincla pendeja le reclamaba como si él tuviera la culpa de que su amiga estuviera loca. Ni siquiera le habían pagado lo del cuarto y ahora eso.

Pasó todavía un buen rato antes de que las mujeres rompieran el abrazo. La pelirroja se dejó caer en el camastro, como si de repente estuviera sumamente cansada. La Tucán se quedó ahí, sentada junto a ella, acariciándole el cabello.

Pinches viejas, siempre habían terminado por fregarle la vida.

Don Andrés sacó del frigobar un litro de Coca Cola y una Modelo, sirvió dos vasos, los puso sobre una charola y caminó hacia las mujeres.

—A cuenta de la casa —dijo sin mirarlas.

Dejó la charola sobre una mesita junto al camastro. Y sin esperar respuesta, regresó al bar. Tomó su chupito y se hizo pendejo mirando hacia otro lado del hotel. No quería saber nada de las taradas ésas.

No se dio cuenta del tiempo hasta que escuchó una voz a sus espaldas. “Me da otra cerveza.” Don Andrés se encontró con el rostro de la Tucán. Pensó que le esperaba una letanía de reclamos. En vez de eso, la mujer lo contemplaba con expresión tranquila. La actitud desafiante había desaparecido. Su mente parecía en otro sitio.

Don Andrés sacó otra Modelo del frigobar; estaba por servirla en vaso de plástico pero se arrepintió. A la fregada, pensó, y entregó la cerveza con todo y envase.

La Tucán no comentó nada. Siguió allí, recargada contra la barra.

—¿Ya se siente mejor su amiga? —preguntó don Andrés.

—Siempre es lo mismo, ya ni sé para qué le hago caso.

La Tucán dio un sorbo a su cerveza. Después se fijó en la bebida de don Andrés.

—Perdón... ¿qué toma?

—Le dicen chupito. Es como una cuba, pero sin gas.

—¿Y para qué le quitan el gas?

—Así nunca se echa a perder.

—¿Y no sabe medio feo?

—Te acostumbras. ¿Quieres probar?

—No, gracias. Prefiero la chela.

Bebieron en silencio durante un rato. Don Andrés estuvo a punto de comentar que sería mejor que se apuraran si querían ver el atardecer en la playa. No lo hizo. Esa pinche Tucán podía ser una cabrona, pero al menos le estaba haciendo compañía.

—¿Llevan mucho de vacaciones? —preguntó don Andrés.

—Cuatro días. Empezamos en playa Cabezalillo o algo así. Mañana vamos a Minialtepec.

—No se les olvide comprar repelente; hay mucho mosco.

—¿No se supone que en esta época...?

—¡Maggie! —interrumpió la pelirroja. La Tucán hizo cara de fastidio—. ¿Está todo bien?

—Sí, Cecilia. Ya voy.

La Tucán meneó la cabeza. Luego se volvió hacia don Andrés:

—Ahí apúntelo con lo del cuarto, ¿okey?

Tomó la cerveza y caminó hacia su amiga, que se había puesto de pie y la observaba impaciente. Intercambiaron algunas palabras; la pelirroja manoteaba, como ofendida. Terminó por dar vuelta, levantar sus cosas del camastro y dirigirse a la habitación. La Tucán estuvo a punto de seguirla. Permaneció de pie, viendo cómo la otra se alejaba con paso decidido. Después miró hacia la alberca y, sin quitarse las bermudas ni la playera, saltó al agua.

Don Andrés preparó otro chupito. Tras la barra observaba a la Tucán, que después de unos quince minutos se hartó de la nadada, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y permaneció inmóvil, dejando que su cuerpo flotara libremente. Don Andrés se le quedó viendo durante buen rato,

prácticamente hasta que la oscuridad se apoderó del hotel. Y hubiera seguido ahí, observando esa sombra que se movía lentamente de orilla a orilla, si no hubiera sido porque le entraron ganas de mear. Como no quería romperse la madre, abrió la tapa de los contactos y encendió la luz del jardín. Las aguas se iluminaron, lo mismo que algunos árboles.

Una última mirada a la Tucán; luego salió de la palapa, cruzó las bugambilias, la terraza, hasta llegar al baño. Frente al excusado, don Andrés oscilaba ligeramente de un lado a otro, mientras el chorro amarillo se estrellaba a presión contra la cerámica. Toda la tarde tablas, y ahora sentía que el alcohol se le estaba subiendo. Nada del otro mundo. Comparada con la vez en que amaneció tumbado junto a las palmeras o cuando tiró el ropero de la cuatro a la alberca, esta peda apenas iba agarrando presión.

Regresó dando ligeros tumbos. A la distancia vio que ahora dos figuras chapoteaban en la alberca: la pelirroja se había tragado su coraje o lo que fuera y estaba ahí, frente a la Tucán. Clarito vio don Andrés cómo las mujeres se contemplaban como si trataran de comunicarse cosas nomás con la mirada. La Tucán tomó a la pelirroja de la nuca y le plantó un besote a media alberca. Sorprendido, don Andrés se ocultó tras las bugambilias y se quedó ahí, medio inclinado, espiando a las mujeres. La Tucán llevaba la iniciativa, sosteniendo el cuerpo delgado de la pelirroja, atrayéndolo hacia ella. Los labios se abrían más en cada beso, jugueteaban con la lengua. Sin quitar la vista de las mujeres, don Andrés se acarició el paquete por encima de la tela. Lo sorprendió encontrarse con el pito más tieso que el mango de una escoba.

Pinches tortilleras calientes, pinches golfas...

En un impulso, se bajó el pantalón hasta las rodillas y ahí mismo se la empezó a jalar.

Mientras, en la alberca, la pelirroja soltó un gemido. La Tucán le había bajado el bikini y le chupaba los pezones, caramelos rosas que apenas alcanzaban a distinguirse. La espalda de la pelirroja se arqueaba por momentos, como si de repente toques eléctricos la recorrieran. Seguro la Tucán también la estaba dedeando por debajo del agua.

Don Andrés aumentó la velocidad; jalaba con tanta fuerza que la verga comenzó a arderle. ¿Te gusta que te metan el dedo, escuincla tarada? Te gusta, ¿verdad? Dobló ligeramente las rodillas, de manera que las piernas se

tensaran. Podía sentir cómo su cuerpo respondía poco a poco, iba cargándose de energía. Entrecerró los ojos un momento, su mano era un pistón que subía y bajaba cada vez más rápido. Y cuando don Andrés sintió que estaba a punto de venirse, abrió los ojos para ver una última visión de aquellas golfas metiéndose mano entre ellas. Entonces descubrió que las mujeres se habían separado y atónitas volteaban hacia él.

El orgasmo se congeló, pero una gotas de semen alcanzaron a salpicarle los muslos. Como pudo, don Andrés medio se subió los pantalones, dudó un instante, y caminó torpemente de vuelta por donde había venido.

—¡Pinche ruco enfermo! —escuchó gritar a la Tucán—. ¡Chinga tu madre, cabrón!

Llegó a su habitación y cerró la puerta con llave. Caminó de un lado a otro, lleno de ira y vergüenza. Golfas de mierda, calentándolo primero, dando espectáculo, para luego hacerse las ofendidas. Lo habían hecho a propósito para provocarlo, para burlarse de él. Seguro ahora estaban riéndose a carcajadas. Y él que les había seguido el juego. Todas eran unas pinches putas de mierda, chinguen a su madre, cabronas hijas de la verga. Don Andrés dio un puñetazo al colchón. Luego se sentó al filo de la cama y permaneció observando las gotas de semen que poco a poco iban secándose en sus pantalones.

www.ernestomurguia.com  
ernesto.murguia@gmail.com

© Ernesto Murguía, México D.F., 2007.  
Protegida por su autor en los términos que marca la ley.  
Prohibida su reproducción parcial o total sin la debida autorización.